

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo III



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1968

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Actividades del Instituto durante el año 1967, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II (Tercera parte), por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	17
La más antigua plaza de toros de Madrid, por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	29
La fecha de los dibujos del plano de Texeira, por <i>José del Corral</i>	43
Noticias de doscientos trece documentos inéditos sobre el Buen Retiro de Madrid y otros Sitios Reales (Años 1612-1661), por <i>Baltasar Cuartero y Huerta</i>	51
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos xvi y xvii (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	81
Notas bibliográficas sobre escritores madrileños de los Siglos de Oro, por <i>José Simón Díaz</i>	117
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en los siglos xv y xvi, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	141
Sermones predicados en Madrid. I: Siglos xvi y xvii, por <i>Félix Herrero Salgado</i> ...	151
«Ataques» contra la muralla de Madrid en el siglo xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> .	163
La población de la villa de Madrid en el censo de Aranda (1768-69), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	173
La Real Academia Latina Matritense en los planes de la Ilustración, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	183
Campomanes, los jesuitas y dos Hermandades madrileñas, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	219
Estampas del Madrid dieciochesco. Diversiones populares en las noches veraniegas, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	225
Dos grandes músicos «desmadrileñizados»: Manuel García (padre e hijo), por <i>José Subirá</i>	229
El autor y la fecha de un grabado del antiguo Madrid, por <i>Nicolás Cabrillana</i> ...	239
Bosquejo histórico de Don José Duaso, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	253
Algunos aspectos de la alimentación de Madrid, por <i>Demetrio Casado</i>	281

	<u>Páginas</u>
Madrid, motivo y tema literario, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	289
El futuro de la Casa de Campo de Madrid, por <i>Antonio Linares</i>	297
Plan de construcciones escolares en Madrid, por <i>Antonio Aparisi Mocholi</i>	309
 MADRILEÑOS FAMOSOS 	
Fernando VI o el reformismo pacifista, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	319
Siluetas del madrileño Carlos III, por <i>José Cepeda Adán</i>	331
Alfonso XIII en diez estampas, por <i>Vicente Palacio Atard</i>	341
 MEMORIAS Y RECUERDOS 	
Páginas del «Diario de un campesino del Danubio» en las que se habla de Madrid, por <i>Vintila Horia</i>	357
Este Madrid adoptivo y cotidiano, por <i>José Gerardo Manrique de Lara</i>	371 .
 SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA 	
Noticias de las actividades del Seminario	383
La ordenación toponímica de Pontejos en 1835, por <i>Federico Romero</i>	385
Nomenclátor literario de las vías públicas de Madrid (Primera contribución), por <i>José Simón Díaz</i>	401
Aportación documental al estudio del callejero madrileño (1860-1963), por <i>Trinidad Moreno Valcárcel, M.ª Teresa González Pueyo, Matilde López Adán, M.ª del Pilar Méndez Fernández y José Manuel Argüelles Garrido</i>	451
Notas de un lector sobre cuestiones de toponimia, por <i>M. P. J.</i>	555
Sobre un «Diccionario de Madrid»	559
 MATERIALES DE TRABAJO 	
Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	565

SOBRE UN «DICCIONARIO DE MADRID»

Con el título de «Diccionario de Madrid» acaba de publicar el laborioso escritor y periodista don Juan Antonio Cabezas un atractivo volumen de quinientas páginas, bien ilustrado, que trata de «Las calles, sus nombres, su historia, su ambiente», en un intento de amalgamar la evocación del pasado con el retrato del presente.

El material se ordena alfabéticamente y cada artículo suele contener una indicación topográfica, la explicación del nombre, a veces notas sobre las principales reformas que ha sufrido y una ligera alusión al estado actual. Casi siempre, la mayoría del espacio se reserva a la explicación del nombre.

Los antecedentes de esta obra han de buscarse en el *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*, de Antonio Capmany y Montpalau (1863), y en *Las calles de Madrid. Noticias, tradiciones y curiosidades*, por Hilario Peñasco y Carlos Cambronero (1889), sin olvidar las valiosas aportaciones al tema de Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos y otros que lo abordaron de modo menos directo. Por desgracia, Capmany estableció un sistema muy poco recomendable, que mereció las condenaciones de sus sucesores y así Peñasco-Cambronero afirman que sus noticias «mejor que resultado de serias investigaciones, parecen en algunos casos invención de gacetillero» (pág. VIII del Prólogo). La censura de C. contra tal manera de proceder es aún más rotunda:

«No merece la pena tomar en consideración semejantes disparates» (pág. 90).

«Lo demás es tradición oral de porteras de Madrid, que inventan más que los cronistas, ¡que ya es inventar!» (pág. 114).

Una tan rigurosa posición crítica anima a pensar que, por primera vez, el tema ha sido estudiado con seriedad y que vamos a encontrarnos con la aclaración de alguno de los varios sugestivos aspectos que el asunto pre-

senta: la explicación etimológica de algunos extraños nombres antiguos, la noticia exacta de cuando, por sugerencia de quién y porqué razones se ha puesto cada nombre, la historia de los principales edificios, el relato de los hechos esenciales ocurridos, la geografía social, etc. Por cualquiera de estos caminos, con una previa renuncia a toda teoría no comprobada y una búsqueda de datos auténticos, podrían alcanzarse nuevas posiciones. Además, el autor comienza diciendo: «Lector, te confieso de entrada que la ambición de este libro va más allá del mero instrumento de información urbana... Aspiro a fijar en este libro el Madrid, tal como es hoy y como fue ayer.»

No hay el menor indicio de que para lograr esta imagen perdurable se haya recurrido a la investigación y que es mucho lo que puede ratificarse o rectificarse a la vista de los documentos lo demuestra, en este mismo volumen de los ANALES, la enumeración de un millar de expedientes del Archivo de Villa que permiten saber con toda precisión la fecha y el origen de otras tantas designaciones. Otras fuentes análogas esperan, asimismo, que alguien las utilice para acabar de una vez con tanta «explicación» grotesca, si no ocurre, como con algunas valiosas aportaciones recientes sobre los vocablos Amanuel o Arganzuela, que se prefiera no tenerlas en cuenta para seguir repitiendo el disparate tradicional.

Nos encontramos, pues, con una obra no científica, sino de divulgación, en que lo crítico se limita a insistir en la ignorancia de los cronistas y de los regidores de la Villa, aunque bien es verdad que no se acaba de saber a quien llama «cronistas» el autor, si a los que han tenido o tienen ese título municipal, a los que han escrito antes sobre esta materia o a todos los historiadores en general.

Respecto a la constante «ignorancia de los cabildos municipales» (página 243), mucho de lo que a ella se atribuye es más resultado del sectarismo político y del obsesivo afán de inmortalidad que desde hace poco más de un siglo entró a las gentes y que dio como resultado que cada personaje tratara por todos los medios de conseguir a toda costa la dedicación de calles a sus amigos y parientes como garantía de que, en justa correspondencia, los otros conseguirían lo mismo para él en momento oportuno.

De aquí nace el más grave problema del Callejero actual: la superabundancia de nombres personales, que inspira justas condenaciones a C. por la arbitrariedad con que fueron elegidos con preterición de muchas figuras gloriosas. En lo que no cabe seguirle es en su empeño de establecer una proporción rotunda entre la situación, longitud, anchura, etc., de la calle y la importancia del personaje, lo que le hace prorrumpir en frecuentes quejas por el mal trato que han recibido, v. gr., Alfonso X, Amador de los Ríos,

Asturias, Ganivet, Nebrija o Palomino. ¡Divertida misión la del organismo que aceptase la tarea de traducir en metros cuadrados la valía de los grandes hombres!

Lo que más diferencia el texto de este libro del de sus precursores es que C. dedica la mayor parte de su trabajo a la explicación del nombre y así se cree obligado a decir dónde está y cómo es «Barcelona», que es una «berenjena» o quién fue y qué escribió «Lope de Vega», cosa que no creyeron necesario hacer los tratadistas anteriores a pesar de que en su tiempo el nivel cultural medio era inferior y no existían obras de consulta, como la Enciclopedia Espasa o tantas otras, que pueden satisfacer en un momento semejantes curiosidades. Lo más práctico de este sistema está en que como muchísimos nombres existen también en otras ciudades españolas, el «Diccionario», con ligeras reformas, puede irseles aplicando sucesivamente.

No debe deducirse de esto que consideramos tarea leve la de explicar los vocablos de un Nomenclátor donde aparecen centenares de desconocidos, fechas en que nadie sabe qué ocurrió y hasta marcas de productos comerciales, pero C., lejos de enfrentarse con la totalidad, se limita al interior y al ensanche, con exclusión total del extrarradio, y nos cuenta de Abada, Abades, Acacias, Acuerdo, etc., lo que, sobre poco más o menos, nos dijeron Capmany, Fernández de los Ríos o Peñasco-Cambronero.

En cuanto a nombres, los primeros que menciona son los de Agustín Bethencourt, Agustín Querol, Agustina de Aragón y Alberto Aguilera, a la vez que omite los de Agueda Díaz; Agustín Calvo, Díaz, Julián, González, Morales, Rodríguez Bonat, Vázquez y Viñamata; las Agustinas Díaz y Fierro; los Alberto Domingo, García, León Peralta, Marcos y de Palacios, o el Albino Fernández Lázaro, cuya identificación sí que habría dejado satisfecho a más de un intrigado vecino.

Nos encontramos, pues, ante una especie de amena enciclopedia elemental que toma como pretexto los nombres de las calles de Madrid y en consideración a estas plausibles miras pedagógicas, han de advertirse los numerosos errores de todo tipo que pueden equivocar a quien utilice esta obra para sus repases de cultura general. A título de ejemplo, citaremos los siguientes:

«El antiguo y popular Colegio de San Ildefonso, que primero fue para huérfanos de milicianos nacionales y hoy lo es para los de empleados municipales» (página 32).

«Alfonso X escribió las *Querellas*» (pág. 32).

Los sabios judíos aconsejaron a Alfonso X «que las traducciones de la Biblia..., las *Siete Partidas*, *La grande e general Estoria*, las *Tablas Alfonsíes*, se hicieran todas al idioma materno; así llamaban los judíos al romance castellano» (pág. 33).

Nebrija era un «filósofo... que compuso la famosa *Gramática latina y castellana*» (págs. 53-54).

La calle de Belvis «está dedicada al poeta y autor dramático Guillén de Castro y Belvis» (pág. 82).

«Los pozos de la nieve... artículo entonces natural» (pág. 85).

Calderón de la Barca «estudió en los seminarios de Alcalá de Henares y Salamanca» (pág. 100).

«La biografía de un mito como el Cid no cabe en un libro informativo. El Cid es el *Romancero*, primer libro de nuestra bibliografía» (pág. 131).

Calle de la Colegiata.—«En 1700 se cedió terreno a la Compañía de Jesús para edificar en esta calle el Colegio Imperial, de ahí su nombre» (pág. 139).

«Alonso de Ercilla y Zúñiga, nacido en Valladolid en 1533» (pág. 196).

Felipe II fue el «primer monarca de la Casa de Austria» (pág. 211).

Gómez de Mora fue «un gran arquitecto de Carlos III» (pág. 242).

Sanjurjo y los demás sublevados del 10 de agosto de 1932 «fueron desterrados a Bata» (pág. 252).

Calle Imperial.—«El nombre lo recibió en tiempo de Felipe IV, cuando se hospedaron en ella los primeros jesuitas que llegaron para fundar el Colegio Imperial» (página 260).

Isabel la Católica era «hija de Juan II de Portugal» (pág. 265).

Jardines de Sabatini.—«Fueron diseñados por el arquitecto italiano Sabatini... Durante muchos años permanecieron cerrados porque estaban allí las caballerizas de Palacio, que al fin fueron demolidas» (pág. 272).

Francisco Maldonado «fue fusilado con sus compañeros Padilla y Bravo en el pueblo de Villalar» (pág. 315).

Después del regicidio frustrado, Mateo Morral «fue detenido a los pocos días y ejecutado» (pág. 332).

Viriato «decidió organizar la resistencia contra el emperador romano Galba» (página 489).

Parece evidente que cuando llegue el momento de preparar las sucesivas ediciones que, sin duda, alcanzará este «Diccionario», su texto debe ser objeto de una minuciosa revisión.